

La vida en pausa

"Era como volver a nacer", me dijo Juan Manuel Suárez una noche al explicarme cómo era despertar de un coma. "Todo era blanco, como si mis ojos se abrieran por primera vez a una luz que no entendía. No sabía qué veía, solo estaba ahí, atrapado en un vacío donde nada tenía significado. No tenía cuerpo ni nombre, era solo una presencia flotando."

Antes de quedar suspendido en esa nada absoluta, Juan Manuel tenía 45 años y una vida que conocía bien. Nació en Tunja en 1964, pero creció en Bogotá desde los cuatro años. Era inquieto, corría todo el día inventando juegos absurdos, como correr en una carretilla y bajar una montaña a toda, o se le olvidaba siempre los cuadernos en el colegio como su madre, Lucy, me comentaba. Cambió tres veces de colegio hasta graduarse en 1982. Empezó Ingeniería Civil en la Javeriana, donde no pasó desapercibido (una vez lanzó un huevo a un cura), pero por ser "vago" terminó saliéndose de ahí y entrando a la Escuela de Ingenieros, siendo de los primeros en obtener doble titulación: ingeniería civil en 1991 e ingeniería de sistemas en 2001. Ese mismo año, por la difícil situación del país, se mudó a Costa Rica. Su padre recibió su diploma, y Juan Manuel regresó en diciembre de 2002.

Su vida personal estuvo llena de reconstrucciones. En los años 80 conoció a Carolina Lara, pero la vida los separó. Se reencontraron cuando ella estuvo cerca de morir en 1999, casándose al regresar él en 2002. Carolina volvió a enfrentar otro grave problema de salud, una obstrucción intestinal que puso en peligro su vida. Aunque los médicos advirtieron que un embarazo sería de alto riesgo, ella quedó embarazada.

"Mientras observaba la primera ecografía noté que eran dos puntitos", me dijo sonriendo. "Esperé a que el médico hablara porque, o sea, soy ingeniero, no doctor, pero sí: eran dos puntitos los que yo veía". A una la llamaron Juanita, nombre escogido por un sobrino; a la otra, después de mucho debatir, Camila. La llegada de sus hijas redefinió su vida, y ser padre se convirtió en su tarea más importante.

"Camila nació con un problema de corazón, así que pasamos largas noches en hospitales", recordó. Las máquinas y sus sonidos se volvieron familiares. Aprendió a leer los monitores, a reconocer cada pitido, cada ritmo. Nunca imaginó que, años después, esos mismos sonidos serían lo primero que reconocería al despertar de nuevo.

"Todo comenzó como un viaje corto a Melgar, éramos Carolina, las niñas y yo, pero después se unió también la familia de Carolina", me dijo Juan Manuel, esquivando la mirada como si no quisiera recordar demasiado ese momento. "Fuimos al Cafam, ahí me la pasé jugando mucho con mis hijas en la piscina. Al principio creí que mi cansancio era normal, pero estaba demasiado irascible con todo el mundo. Alguien hacía algo o simplemente se me acercaba, y yo automáticamente me ponía de mal genio. Terminaba yéndome para evitar confrontaciones, aunque después igual me reclamaban".

Sin embargo, ese cansancio no fue algo pasajero, sino que se intensificó con los días. Lo que empezó como simple agotamiento por lo que él pensaba que era por jugar horas en la piscina, se convirtió en fiebre y luego en un dolor de cabeza insoportable. Juan Manuel no le prestó mucha atención; pensó que era solo una tapada de oído porque siempre le pasaba. Pero esta vez era diferente. Su genio empeoraba sin razón aparente, y el dolor se volvió insoportable. Intentó aguantar, pero al tercer día decidió ir al hospital de Melgar. “Yo aún no lo sabía, pero esa visita fue la primera señal de alerta”.

“Siempre he tenido buena memoria”, me dijo orgulloso. “Nada se me olvidaba, pero cuando entré al médico, olvidé por completo los medicamentos que tomaba y tuve que llamar a Carolina”. Al contármelo puso una expresión de confusión y arrepentimiento, como preguntándose cómo no se dio cuenta antes de lo grave que era. “Por eso Carolina fue a verme al hospital, ella también sintió que algo raro estaba pasando”.

Esa corta visita no sirvió de nada, le dieron de alta y volvió al hotel con su familia. Al día siguiente no pudo levantarse de la cama por lo mal que estaba. En el hotel le recomendaron ir a una clínica privada llamada Tolimed, y lograron que a las 11 de la noche lo llevaran en ambulancia hasta allá. Pero, a pesar de lo buena que decían que era, terminó siendo peor. Duró horas ahí sin que nadie lo atendiera debido a la muerte de otro paciente, y lo poco que recibió fue gracias a una enfermera, así que decidió irse por voluntad propia.

“Ahí empezó todo”, me dijo con seriedad. “Ya no podía caminar; tuvieron que ayudarme tres personas. No había ambulancias en Melgar después de medianoche. Si queríamos una, debíamos pedirla desde Bogotá o Girardot, y esperar, pero eso solo iba a empeorar las cosas”.

Cuando volvió al hotel, el gerente de turno y sus auxiliares lo recibieron en la puerta y rápidamente contactaron a un taxista conocido por Cafam que podía llevarlos hasta Bogotá. Todos lo ayudaron a cambiarse mientras Carolina y su hermana discutían atrás sobre si era buena idea viajar tan tarde, considerando el peligro de la carretera. “La mejor decisión que pudo tomar Carolina en ese momento fue llevarme. Si me hubiera quedado un día más, como sugería su hermana, hoy ya no estaría aquí contándote esto”.

Su último recuerdo fue esa discusión. “Me empecé a apagar, como si fuera un televisor viejo; todo se volvió negro”.

“¿Cómo te puedo explicar cómo llegó mi hermano?”, me dijo Pilar, la hermana mayor de Juan Manuel, con voz melancólica. “Yo pensé que iba a ser como siempre cuando él se enfermaba. Me lo esperaba riéndose, diciéndome que éramos unos dramáticos, como Juancho siempre lo hace”, continuó mientras bajaba la cabeza. “Pero cuando lo vi bajar, era otra persona. Era como si el dolor lo estuviera consumiendo”.

De lo mal que estaba Juan Manuel, todos corrieron a llevarlo a la sala de reanimación. Nada podía calmarlo. Tuvieron que sostenerlo entre seis personas, cada una sujetando una extremidad por lo mucho que se movía. “Ni Carolina ni yo vimos nada más allá de lo que

estábamos haciendo, cada una concentrada en la parte que nos tocó, hasta que poco a poco se calmó. Ahí fue cuando lo durmieron”.

Aunque ellas intentaron explicarme qué era lo que pasaba exactamente, nadie entendía bien la situación. Solamente sabían que Juan Manuel no saldría pronto de ahí. Para entender mejor y no quedarme ignorante, hablé directamente con algunos médicos, quienes me explicaron que Juan Manuel estaba en coma inducido debido a una meningoencefalitis, que es una inflamación del cerebro y las meninges (las membranas que lo rodean). Además, tuvo complicaciones como una obstrucción en las venas del cerebro llamada trombosis, que dificultaba la circulación sanguínea, y una inflamación severa (encefalitis). Por esto decidieron dormirlo intencionalmente para darle tiempo a su cerebro de recuperarse, ya que en ese estado necesitaría menos sangre y oxígeno.

Pasaron dos meses hasta que Juan Manuel finalmente despertó.

“Todo era blanco, como abrir los ojos por primera vez”, me contó. “No sabía qué veía, solo sabía que había estado ahí antes, pero no siendo paciente”. Los sonidos no tenían sentido, tampoco lo que veía. “Entonces, poco a poco, empecé a notar detalles. Vi una foto con dos niñas sonrientes. Aunque no entendía quiénes eran exactamente, algo dentro de mí sabía que eran mías, mis hijas”.

Luego aparecieron figuras blancas alrededor, que después supo que eran enfermeras. Juan Manuel intentó pedir ayuda balbuceando algo, aunque no sabía cómo hacerlo bien. “Supongo que alguien me escuchó porque se acercó e intentó hablarme. ¿Qué me dijo? Ni idea, solo sé que estaba ahí”.

Cuando entró su familia, aún no sabía quiénes eran ni qué decían, pero algo en su interior le daba la certeza de que podía confiar en ellos.

Los días fueron pasando lentamente. Juan Manuel empezó a entender mejor lo que ocurría, reconocía algunas palabras, aunque aún no las caras. “Lo visitamos mucho en esos días”, me dijo Pilar, su hermana mayor. “Él todavía no nos reconocía del todo, pero sabía que estábamos ahí por él. Después de dos meses llenos de preocupaciones y momentos difíciles, volver a tenerlo frente a nosotros fue recuperar la alegría que tanto nos había hecho falta”.

Comenzaron sus terapias intensivas tratando de que volviera a ser como antes. “Pasé de ser alguien muy sabiendo a ser un ignorante, todo por lo que pasó”, me dijo Juan Manuel. Cuando le pedí que me explicara un poco más cómo se sentía, me respondió que era “como si mi mente fuera una biblioteca que sufrió un terremoto. Los estantes se cayeron, los libros se descuadernaron, y para colmo, un fuerte viento desordenó todas las páginas sueltas. La información seguía ahí, pero dispersa y caótica”.

“Además, se me olvidaba que yo era igual que mis hijas; era como si tuviéramos la misma edad en ese momento, aunque antes yo les hubiera enseñado cosas que ahora ya no podía hacer”, me dijo Juan Manuel. Al hablar con sus hermanas y con su hija Juanita, todas

coincidieron en lo mismo. “Literalmente Carolina tenía tres hijos en casa, hasta peleaban por escoger qué dibujo animado querían ver. Eso sí, a Juancho le encantaba quitarles los colores a sus hijas, aunque tuviera los suyos propios”.

“Algo que mi papá me enseñó fue cómo usar el computador y a leer”, me contó Juanita. “Incluso le ayudé cuando tenía que limpiarlo después de ir al baño, porque hasta eso nos alcanzó a enseñar. Creo que no debía ver esas cosas de chiquita, pero era mi papá y yo no entendía nada”.

Poco a poco, la situación comenzó a mejorar para ellos. A Juan Manuel lo llevaron a muchas terapias con la esperanza de que volviera a ser como antes, aunque claramente no iba a ser así. “Juancho sigue con la misma actitud, pero a la vez no. Antes mostraba solo su lado fuerte, esa persona que todo lo podía, siempre dispuesto a ayudar si veía a alguien mal. Después de todo esto, apareció también su lado sensible. Incluso llegué a verlo en crisis o ataques de pánico, cosas que jamás hubieran pasado si no hubiera vivido esta experiencia”, comentó Pilar.

La recuperación fue larga y pesada. Era asistir cada día a Teletón, ir a terapias, pintar y reaprender todo lo que había acumulado en 45 años: dos ingenierías, dos especializaciones. Volver a aprender cómo relacionarse con su familia y cómo ser papá, aunque eso nadie podía enseñárselo. “Poco a poco me di cuenta de cómo eran realmente las cosas. No sé exactamente qué cambió, pero mi perspectiva de vida es totalmente distinta. Me sentí solo, aunque realmente no lo estaba. Fue un golpe duro, aunque otras personas no lo vean así”, dijo Juan Manuel.

Muchas personas creen que todo lo bueno que hiciste en el pasado se recompensa cuando enfrentas situaciones difíciles. Juan Manuel lo sintió al revés, ninguno de sus amigos estuvo ahí para él como él lo estuvo cuando ellos necesitaron ayuda. “Muy ingratos. Cuando Juancho se enfermó, nadie hacía nada”, me comentó Pilar. Sin embargo, ella también resaltó que había algo positivo en todo esto, ya que la situación fortaleció muchísimo los lazos familiares y los unió más que nunca.
